

Madrid. Ciudadanos y arquitectos

José Manuel Sanz y Sanz

Tal vez quien lea esta breve reflexión pueda juzgarla como demasiado general y estimar que abarca aspectos diversos en exceso para un comentario sobre arquitectura. Más aún si su objetivo se centra en la ciudad de Madrid.

Sin embargo, la arquitectura nunca ha sido ajena a la sociedad a la que sirve y ésta razón de utilidad y la ineludible vinculación al mundo económico o político de quien la promueve han hecho que ese servicio se realice, normalmente, desde distancias notoriamente más cercanas al mundo real que el resto de las artes.

Por más que este comentario se refiera tan solo a determinadas cuestiones que deseo resaltar, sería difícil su argumento sin el apoyo de un sucinto análisis sobre la evolución actual y los cambios que esta sociedad proyecta sobre la arquitectura que hacemos. Asumo, a la vez, el peligro de que esta globalidad lleve consigo, por la discreta dimensión de estas notas, una esquematización excesiva.

Estoy casi seguro de que para el ciudadano normal, absorto en reflexiones de autobús o coche de trayecto fijo, la ciudad representa poco más que un fondo móvil y difuso, sin perfiles concretos, y apenas percibe de ella más que el sol, la lluvia y alguno de sus inconvenientes o incomodidades más gruesos. Poco advierte los edificios, al menos de una forma consciente, en su camino rutinario. La mayor parte de los ingredientes del, con frecuencia, confuso espectáculo no forman parte de su guión cotidiano.

No me atrevería a afirmar un alejamiento del ciudadano hacia la arquitectura porque dudo que haya estado alguna vez suficientemente cerca de ella. Puede ser ésta una de las causas del progresivo alejamiento de la arquitectura respecto del ciudadano. Desde los orígenes del Movimiento Moderno se ha ensanchado esta distancia.

Parece oportuno resaltar ahora algunos rasgos de este habitante de la ciudad, usuario y potencial consumidor de la arquitectura en el umbral de este cambio de milenio. ¿Cómo es el ciudadano medio de Madrid?

El habitante de nuestra ciudad afronta diariamente la batalla entre dos circunstancias contrapuestas que le afectan: por un lado, la complicación creciente del trabajo y del medio en que lo desarrolla. La inestabilidad le obliga a un esfuerzo que aumenta esa complicación. Por otro lado, su necesidad vital de sencillez y sosiego para centrarse en las cosas y desarrollar su mundo personal con naturalidad.

Esta batalla tiene como escenario la ciudad y un marco temporal limitado e inextensible. El resultado suele ser tensión y agobio (dos palabras castellanas que me gustan más que la inglesa que las resume).

El escenario lo percibe frecuentemente como un obstáculo e inconscientemente como un enemigo.

Deseoso de simplificar las cosas, trata de concentrar su atención sólo en aquellos problemas cotidianos cuya resolución considera imprescindible. En este proceso de simplificación ha

estrechado su mundo y, sin quererlo, ha convertido sus problemas en algo intenso. Cualquier contratiempo puede resultar dramático, aunque casi nunca lo sea realmente. Ocurre que en esa reducción se han eliminado factores de equilibrio imprescindibles: la conversación, la lectura, la contemplación, el paseo, teatro, cine, conciertos, museos, etcétera. Cualquier actividad que exija una aportación personal ve reducida su importancia, sustituida por la más pasiva actitud de espectador de cualquier tipo de espectáculo. Así ocurre ante la ineludible televisión, donde frecuentemente los pensamientos y las conclusiones están hechos por otros, reduciendo la respuesta a una aceptación o un rechazo (el terrible "interactivo" parece el colmo de este fenómeno).

Es claro que aquellos factores en regresión constituyen al mismo tiempo los elementos del equilibrio espacial que la ciudad puede ofrecer.

No son muchos los que consiguen superar con éxito esta situación y el resultado más frecuente es el desequilibrio o la indiferencia. Casi siempre, la huida.

A una sociedad crítica le ha sucedido una sociedad pasiva y poco creativa.

Podríamos, probablemente, identificar todos estos factores de equilibrio con la necesidad de ganar tiempo y, en un sentido metafórico, ganar silencio. El ciudadano tiene una oportunidad de recuperar la fecundidad de ese tiempo y ese silencio en los días de descanso, los fines de semana. Pero entonces se escapa de la ciudad, a la que no reconoce capacidad alguna de redención ni de seducción. El ciudadano huye hacia dentro, en sus casas, o hacia fuera, dejando vacío ese escenario de civilización y de historia. La ciudad queda para los más jóvenes, que precisan sitio ajeno para relacionarse. Las escasas raíces de su memoria hacen también difícil ese encuentro. Se produce entre ellos otro escape, el del silencio. No se si el velo de ruido que interponen con la realidad me asusta o me alegra. Ignoro si está provocando generaciones inconscientes o indiferentes o, simplemente, menos contaminadas de esa realidad.

¿Qué papel queda entonces asignado a la ciudad? Estamos ante una ciudad que oprime a diario y que nos "sobra" en los fines de semana. Parece que la respuesta podría ser "ensanchar" la ciudad en la que se trabaja y concentrar la que se habita, no lo contrario. En Madrid, decenas de miles de viviendas quedan vacías en el centro y el ensanche, mientras en estas mismas áreas se produce un crecimiento del sector terciario.

El urbanismo propuesto para Madrid en los últimos años encierra aún grandes incógnitas y dudas por resolver. Después del grave error de congelar la creación del suelo urbano, lo que provocó uno de los mayores encarecimientos de su valor en nuestra historia, las propuestas actuales ofrecen, desde el extremo opuesto, unas expectativas de suelo nuevo de tal entidad que suscitan serias preocupaciones.

Es probable que una oferta de tal dimensión abarate el suelo y tenga la deseada repercusión en el precio de las viviendas, haciéndolas asequibles a las economías más reducidas y a los más jóvenes. No estoy seguro, sin embargo, de que los malos hábitos adquiridos permitan que esa rebaja sea tan sustancial como sería preciso. Pero me preocupan aún más otras consecuencias menos positivas: la imagen de las parejas con cochecitos o ancianos paseando al viento por parajes que tardarán décadas en consolidarse o no lo harán nunca; el dinero para las infraestructuras, bancos farolas, jardines, papeleras, etcétera, y los guardias para cuidar de todo esto y de todos ellos. También, la resignación de tener que encontrarnos definitivamente en los centros comerciales, los clubes deportivos o los cumpleaños de los niños.

Me preocupan todos estos hábitos importados, consecuencia de un tejido urbano diluido, tan común a las latitudes donde el frío habitual no ha suscitado espacios de encuentro al aire libre, donde las calles se trazan por donde el coche ha ido dejando su huella y donde las rotondas de giro de vehículo nunca serán plazas. La abdicación que supone de todo aquello que ha caracterizado siempre a nuestras ciudades.

Lo que recordamos de un lugar, de una ciudad, de nuestro barrio, lo que se revela a nuestra memoria es aquello que los caracteriza y nos hace sentirlos algo nuestro. El paisaje y desde luego la Arquitectura constituyen las referencias imprescindibles para esa memoria. Si la ciudad no nace de ellos, seguramente no habrá ciudad.

Me inquieta esa ciudad que nace plana y de colores sin que los edificios conformen espacios humanos reconocibles. Esa identidad imprescindible y diferenciadora poco puede esperar de la simple cuantificación de ciertos parámetros o de geometrías manidas que sólo ven los pájaros. Es hora de que los edificios singulares, los jardines y las viviendas se conciben para caracterizar y conformar espacios urbanos —humanos— a nuestra escala, desde la altura en que van a ser percibidos y vividos, respondiendo al clima y a las costumbres, aprendiendo de nuestros ejemplos históricos vivos. Estamos presionando al ciudadano para que viva de otra forma y cambie sus hábitos, publicitando una pretendida “modernidad”. No creo que haya nada más moderno que intentar la felicidad de la gente ni que ese tipo de ciudad, ya muy probada, esté favoreciendo este intento.

Es cierto que los ritmos de vida y las formas de trabajo de la sociedad actual parecen internacionalizar determinadas costumbres y que todo esto puede estar pesando más en el ámbito de los urbanistas que las posibilidades que la arquitectura ofrece para crear ciudad o los cambios que anuncia la evolución tecnológica.

Pero todo esto debe ser asimilado y traducido a una forma nuestra de entender la ciudad o tendremos la sensación de desarraigo, de no estar en ninguna parte.

En cuanto a los edificios, el observador reconoce solamente

rasgos epidémicos y aprecia en ellos una diversidad (que juzga) confusa.

Es difícil explicar la proximidad de soluciones conceptualmente distantes —cuando no totalmente opuestas— ante un problema similar, sobre todo en propuestas tan comunes como las viviendas y oficinas.

Los aspectos materiales, formales o lingüísticos de cada solución parecen sobreponerse a los conceptos y a los argumentos. A menudo no hay nada detrás, y lo que vemos parece más cercano a la casualidad que al producto de un proceso más profundo de investigación y búsqueda, tras el cual se hubiera llegado, probablemente, a un resultado más modesto, anónimo y desde luego más culto.

Es necesario decir que no es demasiado frecuente encontrar en Madrid una arquitectura de calidad nacida de la promoción privada, aunque existan excepciones notables. Esta producción es, a veces, sin embargo, la más notoria en las áreas más comprometidas y visibles de la ciudad. La obra pública refleja una mayor atención a los valores de la arquitectura pero se encuentra insertada, con frecuencia, en áreas carentes de tensión urbana.

La primera entiende que debe condicionar la libertad de medios del arquitecto a criterios económicos y empresariales. A veces, la falta de preparación e interés de buenos profesionales sobre estos temas —con honrosas excepciones— les han hecho alejarse o han sido alejados, por esta razón, de estos encargos. La poco desarrollada cultura urbana de una parte de nuestra clase empresarial ha hecho el resto.

En la segunda se ha producido durante algún tiempo una cierta distensión en el control presupuestario. Las escasas cortapisas a una “libertad creativa” han producido resultados contradictorios: excelentes de arquitectura y errores carísimos. Desde estas mismas administraciones no siempre se ha sabido distinguir unos de otros.

Se han hecho caer sobre todos los arquitectos estas culpas, que sólo algunas veces eran propias y, en todo caso, compartidas. La desconfianza ha tomado cuerpo en forma de normativas o hábitos administrativos en los que se aparta a los proyectistas del proceso completo de la producción arquitectónica —que sólo termina con el edificio acabado— o se les relega a un papel subsidiario de la actividad empresarial, con difícil control sobre la calidad arquitectónica final.

Los arquitectos más reconocidos y el sector más intelectual de la arquitectura están o han estado ligados en su mayor parte a la docencia en la Escuela de Madrid. Muchos de ellos son autores de los edificios o complejos más significativos de la ciudad.

¿Cuál ha sido el valor ejemplar o didáctico de estos edificios? ¿En que forma ha colaborado la (escasa) crítica arquitectónica para fomentar dichos valores?

También desde este punto de vista debemos reconocer una cierta perplejidad ante la, al menos aparente, disparidad de criterios.

Permanece un cierto hermetismo en cada producción personal y un cierto distanciamiento respecto de lo que hacen otros. La comunicación es difícil y el desinterés, no exento de prejuicios de corte ideológico, hace, a veces, imposible el debate.

Atrincheros en el sobrentendimiento de la verdad, algunos grupos actúan como si esa verdad realmente existiera y fuera única.

Con la misma naturalidad con la que se recibe y otorga elogios (y se encargan proyectos) a cualquier figura foránea de la fotogenia arquitectónica de papel, se obvia y excluye la reflexión interna sobre nuestra propia arquitectura.

No puede ocultarse la oportunidad y el rendimiento político en las operaciones de prestigio que supone los encargos a estas figuras como indica Llatzer Moix en su ensayo "La ciudad de los arquitectos".

Algunas veces temo que nuestro país reciba el triste honor de contener las "obras de taller" de muchos de ellos o ejemplos descontextualizados y autónomos "demostrativos" de su genio. También se han realizado, afortunadamente, obras magníficas.

Es preciso señalar el peso específico que las revistas y publicaciones de arquitectura tienen en este estado de cosas. Presionados por una comercialización difícil, algunos han cedido al poder fácil y sugestivo de las imágenes en un mundo de imágenes y apariencias. Como señalaba Óscar Tusquets en un reciente artículo, la imagen buscada y la que se oculta en la fotografía, no sólo toma parte en la difusión de esa arquitectura sino incluso en su génesis.

Es, sin embargo, esa génesis de la arquitectura, sus orígenes y condicionantes, los que no aparecen en las publicaciones. No podemos seguir ni adivinar su proceso y con frecuencia la documentación ofrecida no permite siquiera reconstruir la globalidad del edificio. A veces no existe memoria o escrito explicativo.

La pérdida de ese valor didáctico en beneficio del producto acabado y "perfecto" es tan malo para los profesionales que quieren seguir aprendiendo de otros como para los estudiantes, grandes consumidores de estas publicaciones, a quienes se oculta lo que más necesitan: los principios y las condiciones de ese proceso, lo que les permitiría entender el resultado y aprender. Parece que el convencimiento de los editores de que no se leen o de que nadie se entretiene en desentrañar una información completa les hace sustituir ésta por la imagen rápida e impactante.

El importante papel que las publicaciones pueden cumplir queda así, a mi juicio, desvirtuado.

De las imágenes se copian los gestos y los "tics". Los fundamentos quedan soterrados y todo se trivializa bajo una apariencia de cultismo y erudición. No es difícil seguir las modas entre líneas. Reducir la Arquitectura a las modas de los modistos tampoco; pero acabaremos confundiendo lo valioso con lo que no lo es, sin ofrecer los datos suficientes para que cada uno forme su propio juicio con fundamento.

La confusión emana en ocasiones del valor que se concede a determinados ejemplos, mezcla sofocante de imágenes y tecnologías amontonadas —a veces literalmente— en la que la forma parece alumbrarse sin una referencia cultural, en el tiempo y en el lugar, sin la presencia del orden (en el sentido kahniiano) ni de una sintaxis constructiva, como si todo consistiera en buscar la "novedad" como propósito y la "cultura" como pretexto. Esto no debe entenderse como una negación o rechazo a la meditación en el proceso de evolución personal, que considero plenamente lícita, sino un deseo de clarificar y distinguir desde el punto de vista didáctico —para quien observa la arquitectura que se hace y se informa— entre un ensayo y una obra madura.

Por el contrario, la menos presencia en los últimos años en la ciudad de realizaciones de algunos de nuestros principales maestros, por ausencia o falta de encargos, ha dejado un vacío

de referencias útiles para esa claridad y para el necesario enlace.

Mientras tanto, los arquitectos nos debatimos en el fondo de una dilatada crisis económica pero también estructural.

La disminución notable de las oportunidades de trabajo, los cambios en la forma de producirse los encargos y el espectacular aumento del número de profesionales configuran un panorama en el que se ven desaparecer muchos pequeños estudios de arquitectos en libre ejercicio, al mismo tiempo que se buscan otras salidas profesionales y la capacidad de acceder a ellas.

Nuestra integración en las Normas comunitarias va a potenciar, probablemente, el Concurso como forma de acceder a los encargos de iniciativa pública. La responsabilidad de los Jurados será grande y también la de quien los elige. La "jurisprudencia" podrá marcar líneas rectas o torcidas para la arquitectura de los próximos años. Si el procedimiento se generaliza, sería necesario arbitrar un sistema que garantice unas posibilidades más equilibradas para un número más amplio de arquitectos y evitar de este modo la sangría económica y de esfuerzo que suponen los concursos de afluencia masiva actuales. Sería conveniente pactar con las Administraciones Públicas un nuevo reglamento para concursos de distintas fases, libres o restringidos, de presentación gratuita los primeros y remunerados en sus gastos los segundos, como contrapartida, para los profesionales, de las posibilidades de elección que ofrecen al organismo convocante.

Quiero señalar el peligro, que ya se atisba, de convertir los Concursos en peligrosos ejercicios de grafismo que enmascaran publicitariamente la propuesta en vez de aclarar su contenido.

¿Cómo se preparan los futuros profesionales ante estos retos? Al parecer, sigue sin encontrarse dinero para la Universidad. Las carreras se reducen para abaratare e implantar más en más sitios. Situación favorable para una rebaja significativa de la calidad que puede afectarnos a todos y que resulta verdaderamente contradictoria ante la necesidad de preparación rigurosa que la libre circulación de profesionales en el continente va a exigirnos para tiempos venideros.

Ha sido necesario redactar nuevos planes de estudios que den respuesta a esta nueva situación. Recientemente ha sido aprobado el de la Escuela de Madrid, que comenzará a implantarse el próximo curso. Se ajusta al máximo de duración y créditos que la nueva legislación española impone.

En la génesis de su contenido y estructura ha influido en exceso, a mi juicio, el peso específico de algunas áreas y departamentos en la toma de decisiones en perjuicio de una estrategia pedagógica global para el aprendizaje.

Sin embargo, el Plan ha removido hábitos oxidados y ha creado expectativas e inquietudes; y esto era necesario en la Escuela. Aunque se encuentre lejos del Plan que deseáramos, presenta aspectos que suponen un avance indudable, como la presencia de la mayor parte de las disciplinas desde el comienzo, incluido un curso inicial de Proyectos.

La enseñanza de Proyectos ha asumido siempre la responsabilidad de integrar todos los conocimientos en el hecho proyectual mientras, últimamente, se observaba cómo diversas asignaturas, convencidas de esta necesaria convergencia, convertían sus prácticas en auténticos ejercicios proyectuales, carentes, sin embargo, en muchos casos, de las condiciones mínimas requeribles para este aprendizaje. Los alumnos han padecido en estos años una acumulación de prácticas autónomas de este tipo. Muchos de ellos han tenido que alargar la duración de los estudios para soportar el ritmo impuesto.

El aprendizaje supone la maduración de los conocimientos y esto exige un tiempo mínimo. Se trata de recuperar tiempos y de que al alumno le reste el suficiente fuera de la Escuela, a diario, para proyectar e incorporar a su proyecto todos los

conocimientos adquiridos. También, para estar en el mundo y percibir las cosas se tiene que captar de él esos factores de equilibrio que señalábamos al comienzo.

Hoy se habla, al menos, de "coordinar asignaturas" y se esta creando una cierta conciencia para no duplicar esfuerzos ni desperdiciar energías. Mañana, tal vez podamos llegar a una integración más completa en el aprendizaje único de la Arquitectura si los hábitos creados no nos lo impiden.

La posibilidad de obtener créditos en estudios profesionales es una interesante novedad del Plan y una forma de acercarse a la realidad del trabajo.

Se debe ser cuidadoso, sin embargo, ante la expectativa de otorgar diplomaturas, respecto de su definición y sus atribuciones. La formación como arquitecto se completa sólo con la totalidad de los estudios y se debe evitar cometer errores que lleven a conflictos futuros.

El reto del trabajo futuro tiene preocupados no sólo a los arquitectos sino a los miles de estudiantes de nuestras Escuelas.

Es necesario encontrar otras salidas y prepararse bien para ellas. Pero es muy importante que esas especialidades se obtengan a partir de una formación completa de arquitecto y desde la visión como tal. Otra cosa sería desvirtuar el sentido de la profesión y llamar arquitecto a cualquier cosa.

Hay muchas formas de servir a la Arquitectura y desde muchas misiones distintas. Cuando un arquitecto al servicio de las Administraciones o de la empresa privada, en labores de dirección, control, supervisión o gestión, sigue pensando como arquitecto y mantiene interés porque su trabajo redunde en la calidad y valores de la Arquitectura, se nota mucho y se agradece más. Desde esa óptica, puede ser que su labor sea tan decisiva como la del proyectista, pues de su capacidad y entendimiento depende, en muchos casos, que cualquier obra interesante sea, además, posible.

Debe superarse el aparente conflicto entre arquitecto-artista y arquitecto de formación técnica. Sólo tiene sentido hablar de un arquitecto con la doble formación. La orientación en las asignaturas optativas perfilará la inclinación de cada uno y sus expectativas profesionales.

Hoy parecen separados los trabajos de relieve, que realizan los arquitectos más conocidos y que son objeto del mayor número de publicaciones —que suponen cuantitativamente un porcentaje pequeño del total—, del trabajo común de arquitectos ligados al mundo inmobiliario y de negocios, que conocen perfectamente los mercados, las normativas y las administraciones, y cuya labor se centra en obtener la mayor rentabilidad en los negocios de sus clientes. Aquí esta la mayor parte del trabajo real. El objetivo de la Arquitectura parece a veces ajeno a estos intereses y la ciudad se resiente de ello. Es necesario reflexionar sobre todo esto y prepararse sólidamente en todos los campos. No tiene por qué ser incompatible con la Arquitectura. Ocupar estos puestos y mejorar la ciudad es todo un reto para los estudiantes actuales. Hay magníficos arquitectos que salen todos los años de la Escuela de Madrid y lo demuestran, ya desde estudiantes, en multitud de concursos.

También para la ciudad hay esperanza. Cuando las técnicas dejen de deslumbrarnos y nos acostumbremos a usarlas como lo que han sido siempre, un instrumento a nuestro servicio, aprenderemos a ahorrar tiempo. Muchos desplazamientos podrán evitarse pues trabajaremos más en casa. También esfuerzos y costes inútiles. De la habilidad de los políticos y economistas dependerá que todo eso no se transforme en más paro. Si es así, no sólo no abandonaremos la ciudad sino que el tiempo rescatado para el ocio y la cultura hará que acudamos a ella voluntariamente y, recuperado el equilibrio, volvamos a reconocernos como ciudadanos. Puede ser que, entonces, también la Arquitectura y los arquitectos volvamos a recuperar plenamente nuestro lugar en la creación de espacios donde podamos encontrarlos. ■

Dibujo de arquitectura y cultura

Este la obra de arquitectura construida y el dibujo (los dibujos) que la representan y sustituyen existe, es sabido, un complejo entramado de relaciones, que se originan en el papel sustantivo que el dibujo desempeña frente a la obra.

La primera consideración del dibujo de arquitectura es, siempre, la de su utilidad, la de su función en el proceso de creación o de construcción de los edificios. Así, esta primera consideración lo hace aparecer como un instrumento para representar la arquitectura, que sirve para conciliar, manteniendo elementos gráficos codificados, y también, para construir, para edificar, transportar información formal sobre ella a las distintas etapas de los procesos constructivos.

Es decir, que en el medio gráfico que es el dibujo se transmiten informaciones sobre la obra real, que son de tipo de clases, siempre que puedan ser transmitidas por el medio, y de entre todos aquellos datos de la obra que permitirían su información, está claro que los más importantes y los más sencillos entendimiento son los datos formales.

Así que la detallada descripción gráfica de la forma, ya sea como forma espacial y volumétrica o ya sea como forma interna constructiva, no sólo tradicionalmente, es parte más importante o el "corte", si así se quiere, de las imágenes gráficas de los dibujos de arquitectura.

Existen, pues, en los dibujos de arquitectura una fidelidad de correspondencia de los puntos, líneas y superficies del plano gráfico con los puntos, líneas y superficies de la arquitectura representada que constituye su primer objetivo, e incluso su razón primera de que los dibujos existen.

Cuando que se me refieren por ejemplo a los "dibujos de descripción gráfica", me refiero a aquellos que describen que esta descripción sea, en todo, lo más exacta.

A menudo, una gran parte de la descripción de esta fidelidad, lo que proporciona imágenes gráficas de menor fidelidad representativa que para orientarnos mejor a demostrar "objetos".

Estos "objetos", lo que he dicho de correspondencia de sus rasgos gráficos con la forma del objeto, se refieren, esencialmente, a unos rasgos gráficos y formales correspondientes, lo cual no significa que exista una correspondencia de todos los rasgos de ellos.

Ahora bien, no resulta posible pensar que los dibujos de arquitectura, con cualquier lenguaje como negativo productivo, en representación y sustitución de ella, que sea el dibujo en lenguaje gráfico del objeto, que se está utilizando a su vez, como un lenguaje.

Y esta distinción del lenguaje gráfico constructivo, inexactamente, añade a los dibujos de arquitectura, el dibujo de la forma, a los dibujos de la arquitectura.

Este significado suyo, está, a su vez, relacionado con la obra de arquitectura y construido, de la que se trata, en el momento del dibujo de arquitectura.

Por medio de este mecanismo, el dibujo de arquitectura transmite contenidos propios de equilibrio y construcción.